

UNIVERSIDAD CATOLICA DE VALPARAISO
FUNDACION ISABEL CACES DE BROWN
VALPARAISO – CHILE

CASILLA 4059

TELEFONOS 56177. 8

Es tradicional en nuestra Universidad que el año académico se inicie con un acto solemne en que junto con darse la bienvenida a los alumnos que ingresan por primera vez a esta casa se destaque en forma general la línea que se pretende seguir.

Este año tal acontecimiento reviste especial importancia para quien os habla por primera vez como Rector.

Se nos había pedido entrevistas de prensa y radio para que expresáramos nuestro pensamiento sobre esta Casa Universitaria y nos hemos negado sistemáticamente a ello porque era nuestro ferviente deseo dirigirnos en primer término a vosotros, señores profesores y alumnos.

Deseamos decir a los alumnos de primer año de las distintas Escuelas, que suman aproximadamente 1.300, que esta Universidad os recibe con gran alegría y espera que os incorporeís a esta Gran Familia que forman profesores y alumnos.

Esperamos sepáis responder a la confianza que se tiene en vosotros y al mismo tiempo queremos exigir vuestra atención para que meditéis seriamente lo que significa el privilegio de formar parte de una minoría que ha logrado incorporarse a los estudios universitarios.

Confiamos no tener que comprobar que la selección, pese a los esfuerzos desplegados por los señores profesores, ha sido injusta. Que otros con mejor derecho que vosotros han sido eliminados.

Queremos representaros el esfuerzo que la ciudadanía toda hace para posibilitar a esta minoría la obtención de un título universitario y el compromiso que vosotros habéis contraído con la comunidad para usar esta herramienta en su beneficio y devolver en servicios personales el esfuerzo ya aludido.

Deseamos al igual que los señores profesores y alumnos, que exista, un verdadero diálogo entre todos los integrantes de esta Universidad. Para ello es indispensable vuestro concurso y sobre todo que sepáis comprender que dialogar automáticamente significa estar dispuesto a aceptar los planteamientos de los otros y que no puede llamarse diálogo a la defensa testaruda de una posición, sin consideración ni respeto por las ideas ajenas y la jerarquía de la otra parte.

Queremos a los primeros años incorporados no sólo a sus estudios, que deben tomar muy seriamente, pues no queremos mediocres ni deseamos alumnos que centran toda su actividad en obtener que la promoción sea 3 y no 4. Deseamos dialogar con los que superan este lastre. Con aquellos que vienen a estudiar para saber y no lo indispensable para pasar de curso. Es por ello que os decimos que los queremos incorporados integralmente en los estudios, pero, como no es nuestro deseo formar exclusivamente

técnicos, sino hombres integrales, los deseamos participando en todas las actividades propias de su estado: culturales, gremiales, deportivas y de proyección de la Universidad al mundo que nos rodea.

Muchos pensarán que el cambio que el Rector pueda significar el despreciar el camino recorrido e iniciar una nueva etapa que ignore lo sucedido en los años anteriores.

Quienes así piensan, están equivocados.

Las circunstancias cambian. Las necesidades de la colectividad varían. Los organismos e instituciones se desarrollan y su crecimiento exige una adaptación dinámica a sus necesidades.

Nuestra Universidad ha llegado a su mayor edad y debemos rendir un sentido homenaje a quienes dieron lo mejor de sus vidas para el logro de este objetivo. Tomar sus iniciativas, adaptarlas al momento y sobre todo darle la profundidad que esta época demanda.

El Rector que me precedió en el cargo, al despedirse de la Universidad, nos indicaba algunos desafíos a los que se enfrentaba toda Universidad moderna y, de una manera especial, toda Universidad Católica. El primero de ellos decía relación con el problema de *universitas* versus *multiversitas*.

Es nuestro objetivo hacer de todas las facultades, Escuelas e Institutos, elementos realmente integrados en un todo que es la Universidad. No podemos afirmar que es una tarea fácil. Creemos que la desintegración es un efecto, una consecuencia, y que nuestros desvelos deben ir dirigidos a hacer desaparecer la causa que la produce.

Pensamos que el día que profesores y alumnos se sientan realmente incorporados a la Universidad, diría más bien, se sientan la Universidad, cuando palpen que su intervención en ella y sus preocupaciones son apreciadas y consideradas al tomar las decisiones finales, que no se les estima como elementos de una empresa, sino como miembros de una gran familia que está en conjunto decidida a crear algo grande, algo serio, a aportar una solución nueva y original a problemas esenciales de la comunidad, ese día brotará espontáneamente la unidad que sienten los que toman conciencia de estar trabajando juntos en la misma causa.

Es fundamental provocar un acercamiento entre profesores y alumnos de distintas Facultades y Escuelas, tanto en cátedras comunes como es el caso de Doctrina Social de la Iglesia, como en Institutos y Seminarios que comprendan elementos de todas ellas.

Existen estudios y se ha creado ya este año comisiones que están funcionando con gran entusiasmo y dedicación para analizar las distintas soluciones que se dan a estos problemas, para elaborar con seriedad y con originalidad nuestra propia solución.

El segundo desafío a que hacía referencia el Padre Larraín decía relación con el problema *universidad-familia* versus *universidad-empresa*.

A nuestro juicio es requisito previo para la creación de una obra como una Universidad que satisfaga las necesidades de la época, el crear y desarrollar con anterioridad una auténtica comunidad humana que sea capaz de albergar a todas las personas que con

generosidad y buena voluntad están dispuestas a aportar lo mejor de sus vidas para entregar a la comunidad una solución de sus problemas. La tarea en lo que dice relación con nuestra Universidad la vemos con optimismo, pero no desprovista de dificultades.

El problema más serio se descubre al considerar que pese a los esfuerzos de los que tienen y han tenido a su cargo la Dirección de la Universidad, no se ha logrado para los señores profesores una remuneración que signifique la obtención del mínimo indispensable para subsistir con una tranquilidad económica que les permita entregarse de lleno a sus labores docentes y a la creación de un nuevo tipo de profesional.

Por otra parte, una Universidad con la cantidad de profesores como la nuestra, es difícil que se integre y forme una real familia.

Es una necesidad imperiosa la creación un mayor número de profesores con dedicación exclusiva que vayan absorbiendo a los catedráticos que sólo concurren a dictar una hora de clases y carecen de contacto con los alumnos y no se sienten realmente comprometidos con la Universidad. Para ellos, y es lógico que así sea, su labor universitaria es una ocupación subsidiaria a la que sólo dedican algunas horas para preparar y dar su clase.

Esto no quiere decir en ninguna forma que menospreciemos su esfuerzo y el cariño que sienten por la Universidad, ni tampoco quiere decir que pretendamos la eliminación de todos ellos.

La mayoría de estos profesores está dispuesta a entregarse de lleno a la labor universitaria y sólo los detiene la ausencia de una remuneración justa.

Mientras no se comprenda las verdaderas dimensiones de la labor docente y no se considere que los esfuerzos económicos que se hagan en este sentido son una inversión y no un gasto, será difícil solucionar el problema en toda su magnitud.

No obstante lo anterior, en la medida que nos permiten nuestros ingresos económicos y dándole a este problema la prelación que tiene, hemos aumentado y estamos dispuestos a aumentar en mayor proporción, el número de profesores con dedicación exclusiva a las distintas Facultades y Escuelas y también de profesores que estando contratados por la Universidad full-time desempeñan sus funciones en distintas Facultades y Escuelas de manera que vayan formando el ambiente necesario para lograr la unidad tan deseada.

No podría dejar de rendir en este momento mi sincero homenaje a los profesores de esta Universidad que desechando situaciones económicas expectables, permanecen en nuestra Casa con gran cariño, realizando su misión con remuneraciones muy inferiores.

Apreciamos su dedicación y su auténtico sentido de pobreza y destacamos sus testimonios para que vosotros, estimados alumnos, sigáis su ejemplo y en el futuro sepan devolver a esta Universidad la formación que con tanto sacrificio personal se os entrega. Como Rector no puedo menos que afirmar que el elemento humano con que cuenta esta Universidad constituye un privilegio que la Dirección aprecia en toda su magnitud.

Otro de los desafíos que nos indicaba el Rector anterior dice relación con el problema universidad-torre de marfil versus universidad alienada en el ambiente. Lo importante es lograr un equilibrio exacto.

El alumno universitario necesita de la meditación que le permita descubrirse a si mismo y que haga posible el mejoramiento de sus conocimientos y la profundidad de la autentica ciencia que ha venido a buscar a la Universidad.

Necesita también crearse el hábito por el estudio y la investigación, pues deberá perseverar en ella una vez que egrese de la Universidad. Esta no le puede entregar toda la ciencia y por otra parte la evolución que vive el mundo hace que los conocimientos que antes permanecían estáticos por años, hoy cambien vertiginosamente.

La Universidad entrega a sus alumnos los conocimientos generales básicos que les permitirán o les habilitarán para el estudio en su vida profesional. Creemos sinceramente, al mismo tiempo, que el universitario no puede permanecer encerrado en su castillo.

Debe tomar conocimiento de la realidad social en forma seria, y debe traerla a sus aulas y seminarios a objeto de elaborar las soluciones a los problemas que ha captado y entregarlas desinteresadamente a la sociedad.

Es más, en situaciones de emergencia como las que vive Chile y el continente, la Universidad tiene que dar una respuesta a esta emergencia. El universitario no puede ignorar lo que sucede a su lado.

Como universitario no está llamado a vivir en las poblaciones callampas, pero sí debe tomar conocimiento acabado de lo que esto significa para los seres humanos que allí viven, para que cuando él, sea transformado en profesional, tenga ingerencia en la creación de las nuevas estructuras, que todos anhelamos, se preocupe y participe con tal eficiencia y seriedad que ellas no permitan que se produzcan semejantes situaciones de injusticias que claman al Cielo.

Es por esto que creemos en la necesidad de un Centro de Cooperación Social que ha funcionado por más de dos años en esta Universidad, pero pensamos que esta idea no ha tomado el cuerpo necesario en el profesorado y alumnado, lo que es indispensable para su eficacia.

Pero el universitario no sólo tiene una obligación con nuestra Patria. El concepto de soberanía y Estado también han evolucionado y se busca con desesperación una integración continental. Frente a este problema corresponde a las Universidades de Latinoamérica una seria responsabilidad.

Se sostiene y con razón, que la solución de Latinoamérica está en la Asociación Latinoamericana de Libre Comercio (ALALC) y, sin embargo, hasta el momento no se descubre en los hombres y como consecuencia en los países latinoamericanos, una mentalidad continental que haga olvidar los nacionalismos exagerados y permita la integración sincera.

Es a las Universidades de Latinoamérica a las que corresponde la formación o creación de este nuevo tipo de hombre, con una mentalidad dinámica y abierta que permita el desarrollo y perfeccionamiento de esta idea para que se transforme pronto en una realidad.

Hemos esbozado hasta aquí las tres antitesis que implican para nuestra Universidad, como para toda otra Universidad contemporánea, un desafío en el cual se comprometen

los valores más profundos que la definen y que explican su origen. Pero es necesario penetrar más aun en esta problemática porque nuestra Universidad no es simplemente una Universidad más entre las muchas existentes. El nombre de nuestra Universidad se adjetiviza. Somos una Universidad Católica y conviene en esta oportunidad volver a insistir en este atributo que acompaña nuestro nombre y que explica y debe explicar el sentido y la proyección de todas nuestras actitudes.

¿Por qué somos Universidad Católica y no simplemente Universidad? ¿Es posible hoy sostener frente a las ciencias, reveladoras de inesperadas novedades y el fenómeno multiplicador de la tecnología una actitud que parece estar arraigada en sentimientos y actitudes espirituales más que en la objetividad empírica de la razón?

Nosotros sostenemos que no existe ni existirá jamás esa aparente antítesis sino que por el contrario las ciencias y la tecnología cobran su sentido más profundo cuando están sometidas al servicio del hombre, cuando constituyen medios puestos a su alcance para su perfeccionamiento y para su felicidad. Y porque es necesaria una visión unificadora, la Universidad se auto denomina Católica. Ella sabe que el contenido de esa palabra implica dos valores que la definen a si misma y definen su trayectoria en pos de la verdad: unidad y universalidad.

Nuestra Universidad quiere ser un ejemplo vivo de esos valores fundamentales, quiere tener una unidad intrínseca, una línea que oriente. Unidad que nazca de una visión dinámica, que sin renunciar jamás a su origen evite toda petrificación intelectual, todo estagnamiento anulador, de modo de adaptarse con audacia a las necesidades siempre variables de nuestra época. Visión al mismo tiempo universal del hombre y del mundo lo suficientemente reflexiva y explícita para constituir un permanente principio animador de la actividad universitaria.

Nos interesa especialmente que esa visión impregne de sentido humano y trascendente el contenido de las profesiones, contenido que implica una actitud filosófica y al mismo tiempo teológica de la vida.

Toda profesión que carezca de ese principio animador se transforma en un mero quehacer sin sentido trascendente, sin destino universal. Toda profesión implica una actitud de servicio leal desinteresado, sencillo y al mismo tiempo efectivo, al hombre y a la sociedad. Constituye para nosotros un permanente anhelo el entregar un contenido a cada una de las profesiones de tal manera de que ellas no sólo posean ese principio animador, individualmente consideradas, sino que puedan irradiarlo en todo nuestras estructuras académicas para que logremos elaborar progresivamente más que una simple actitud, una doctrina sistemática que dé contenido a cada sector de nuestra actividad en lo temporal.

Al impregnar con ese contenido trascendente las profesiones que en nuestra Universidad se entregan lograremos animar también y orientar todo el proceso social ya que las profesiones no son sino funciones sociales que necesariamente se integran en dicho proceso. Y al entregar un contenido al proceso social, al cual jamás podrá quedar ajena la Universidad, estaremos irradiándolo frente a la propia cultura del cual ella misma, la Universidad, es el corazón que la mantiene y vitaliza.

Así, nuestra Universidad quiere ir configurando su contorno conforme a la unidad intrínseca que esencialmente explica su existencia, manifestada de manera lo

suficientemente clara y profunda para crear un alma nueva en el ser humano y en las nuevas formas de vida social del hombre contemporáneo.

Nuestra aspiración a la unidad y universalidad provienen, más que de un simple nombre que agregamos al de Universidad, de la figura de Cristo, que para nosotros, que creemos en su verdad, significa unidad intrínseca y amor universal. Ninguna otra realidad natural puede entregarnos el contenido y las consecuencias que brotan de ese mensaje.

El mensaje del cristianismo es esencialmente religioso. Viene de Dios, vuelve a Dios y en Dios encuentra su último significado. Creemos en su mensaje y en la actitud personal que implica su aceptación. Pero también creemos que existe una profunda y misteriosa continuidad entre el hombre y su creador, entre lo natural y lo sobrenatural, entre lo humano y lo divino. Cristo, para nosotros, representa y realiza en si mismo esa continuidad, la síntesis personal; perfecta y acabada imagen del hombre en su estatura plena. No sólo es una visión viva del hombre sino una vida para el hombre, vida total: intelectual, volitiva, social y espiritual. Creemos, por último, que Cristo se ha encarnado y se continúa encarnando en el hombre, en su historia, en su vida social y humana. Así, todo esfuerzo sincero y abierto por conseguir la mejor realización de los fines naturales en este mundo, significan una comunión con la voluntad de Cristo y, aún más, un verdadero y misterioso crecimiento del mismo Cristo.

La Universidad es como el “corazón” de la cultura, lo decíamos antes y es bueno repetirlo ahora. Porque en algún “lugar” debe producirse el encuentro reflexivo y profundo entre la cultura contemporánea y Cristo, imagen plena y eterna del hombre, encuentro que hará florecer los gérmenes de una cultura cristiana.

Ese “lugar de encuentro” debe ser la Universidad. En ella se dan las condiciones que posibilitan la configuración de una visión unificadora y universal del hombre y de la sociedad. La naturaleza de ese “encuentro” debe determinar la estructura fundamental de la Universidad. Todo el complejo sistema de instituciones académicas y jerarquías, toda esa rica y variada comunidad humana en vivo contacto cotidiano debe responder a una organización que posibilite al máximo la síntesis que pretendemos encontrar.

La estructura de la Universidad debe posibilitar la recepción de la cultura de la cual, la propia Universidad es manifestación eminente. Cultura es para nosotros, ese repertorio de convicciones y actitudes ante la vida y el mundo que adopta el individuo desde su niñez y que configura íntimamente su espíritu.

Pero no basta la simple evaluación de la filosofía, de las ciencias o de la tecnología a través de un diálogo enriquecedor. Es indispensable una toma de posición a través de la lenta elaboración de un juicio sintético que permita vivificar el contenido de esa unidad que es intrínseca a la Universidad. La elaboración progresiva de ese juicio sintético constituye ya la promoción de una auténtica cultura cristiana y expresa el aporte que nuestra Universidad entregará para que aquella llegue algún día a realizarse plenamente.

Esa toma de posición implica una estructura de la Universidad capaz de posibilitar la relación sistemática y armónica de los diversos planes de estudio para que en ellos se exprese el sentido de unidad que constituye el fundamento de nuestra visión del hombre.

Queda en evidencia, de esta manera, la profunda vinculación que debe existir entre la estructura de la Universidad y sus finalidades esenciales. Esa estructura debe cumplir

necesariamente las funciones indicadas para llegar a la realización completa de su misión, que si bien es temporal se explica sólo a través de una inspiración trascendente.

Nuestro esfuerzo, en consecuencia, debe dirigirse especialmente hacia el logro de una visión coherente del ámbito universitario para que éste, en su totalidad, en todas sus manifestaciones virtuales, responda a las exigencias de un contenido sin el cual jamás podríamos diferenciarnos lealmente frente a otros institutos de enseñanza superior no comprometidos, como debiéramos estarlo nosotros, con una verdad en la cual creemos vitalmente.

Esa verdad en la cual creemos no significa, como algunos pretenden, adoptar una actitud estrecha o reticente frente al horizonte que hoy, en forma portentosa, nos abre el mundo de las ciencias. Por el contrario, esa fe nos permite adentrarnos en ellas sin vacilaciones, con actitud confiada y firme, abierta al diálogo y al encuentro fecundo de las confrontaciones intelectuales. Aspiramos a la unidad a través de la "universitas" y estamos ciertos que en esa búsqueda, todo ser humano tiene una participación activa cualquiera que sean sus convicciones o tendencias, aun cuando no sean las que nosotros sustentamos. La Universidad está abierta a todos los que con actitud sincera deseen acogerse al ámbito espiritual que ella les ofrece.

Pero la Universidad no es ámbito cerrado. Si es Universidad Católica es, por definición, universal. Nada que suceda en su contorno deja de conmoverla. Aún más, tiene el deber de penetrar en la sociedad y de infundirle sin descanso el espíritu que la anima.

La acción orientadora de la Universidad en proceso social se plantea de este modo con el carácter de urgencia que hemos tratado de imprimir a nuestra labor en tal sentido. Ello porque nuestro ambiente social experimenta un cúmulo tan grande de necesidades insatisfechas, tantos motivos de desorientación que alteran su progreso que si la Universidad no enfocara con decisión dicho problema, promoviendo soluciones luego de un diagnóstico objetivo de las causas latentes de esa crisis, estaría traicionando su misión, encasillándose en un exclusivismo estéril.

Todas las ideas que hemos esbozado hoy suponen una mentalidad nueva en nosotros; una postura decidida, franca y audaz para revisar lo que tenemos y crear nuevas formas que nos permitan encontrar los medios para responder eficazmente a los ideales que nos infunden vida y contenido y para aportar nuestro esfuerzo dinámico en la solución de los problemas que afligen al hombre y a la sociedad de los hombres.

En otros términos, necesitamos hacernos de una mentalidad de cambio que dinamice nuestras estructuras y las transforme para que respondan con seriedad a las funciones que estamos llamados a desempeñar hoy en el mundo.

Al asumir la Rectoría de la Universidad me formulé el propósito, felizmente compartido por docentes y discípulos de iniciar un proceso de reforma general que, inspirado en estas matrices infunda un nuevo aliento a nuestra vida universitaria y abra amplio horizonte a nuestra acción futura tanto en la intimidad de nuestra convivencia como en el campo de nuestra acción exterior. En este proceso de reforma cogeremos todas las experiencias valiosas que hasta ahora se han acumulado con tanto sacrificio en los años anteriores. Nada será subestimado cuando en alguna medida nos sirva para proyectarnos hacia adelante.

Reformar no significa destruir sino principalmente infundir una nueva forma, una nueva vitalidad, que en una evolución rápida vaya desde adentro rompiendo la forma antigua. Largos años de docencia e investigación nos han entregado ya un repertorio de experiencias sin las cuales no nos atreveríamos a pensar siquiera en modificar o en planear transformaciones valiosas.

No se nos pregunte, sin embargo, cuál es concretamente nuestra línea y nuestro plan. Seamos sencillos y aceptemos el hecho escueto de que en este momento prácticamente todo está por hacer; en nuestros planes y programas, en nuestras estructuras académicas, en nuestra comunidad humana, en cada alumno y en cada profesor está latente una aspiración de cambio y nuestra misión es la de desentrañarla y expresarla en realizaciones concretas.

Es esta una tarea que todos debemos realizar en la medida de nuestras posibilidades y aceptando con sencillez nuestras propias limitaciones. Muchas veces hay quienes pierden la actitud paciente, no pasiva, que debe distinguir a quien en la investigación y en la cátedra y en el estudio constante busca la verdad y pretende difundirla, y empujados por un afán atolondrado piden reformas olvidando que ellas no llegan o aparecen como los cometas en el Cielo sino que crecen como los árboles arraigadas en convicciones que las nutren. Las reformas son lentas de elaborar, por eso no existe una condición ni plazo alguno que nos obligue a concretarnos, lo que no significa olvidar la perentoria urgencia con que su presencia es esperada por los docentes y los alumnos.

Yo llamo, pues, a todos ustedes a tomar parte en esta tarea. Todos estamos vitalmente unidos en esta casa familiar, todos nos sabemos amigos; juntos buscamos, juntos enfrentaremos lo que venga. Si hay algo que distingue a nuestra querida Universidad es su ambiente interior, su intimidad incanjeable, tan ajena a ese frío, impersonal y burocrático sistema que a veces se apodera, como consecuencia de una mal entendida eficiencia, de otros organismos semejantes.

Esta Universidad es antes que otra cosa, comunidad humana, cercanía cordial y vinculante en la que día a día nos encontramos. Mi mayor deseo es que ello siga siendo nuestro distintivo particular. Yo pido a todos, maestros y discípulos no olvidar jamás nuestros lazos humanos, el calor de este hogar común, para que, cobijados en él nos sintamos realmente hermanos en una causa que, por ser universal, por estar inspirada en una verdad que se traduce en amor sin fronteras, nos pide una entrega abnegada y alegre.

Sólo la abnegada y alegre actitud del espíritu nos acercará cada vez más a la realización plena de nuestra misión.